BRUJULA PARA LEER

EL URUGUAY Y LA POLITICA INTERNACIONAL DEL RIO DE LA PLATA

El Directorio del Partido Nacional del Uruguay resolvió la edición de este libro (1), que contiene los discursos del Senador don Eduardo Víctor Haedo, uno de sus voceros más destacados en el Parlamento uruguayo, y que definen la noble y valiente actitud de este partido frente a los eventos bélicos y prebélicos de la política interamericana en sus proyecciones sobre la política mundial.

En Sudamérica es bien conocida la joven figura de Haedo, quien se ha destacado en la lucha política de estos últimos años como un adalid del nacionalismo hispanoamericano, de la defensa de los fundamentales derechos de libertad y soberanía de nuestros pueblos de Hispanoamérica y de la formulación y fudamentación de una política auténticamente hispanoamericana, enraizada profundamente en nuestro terreno histórico y espiritual y al margen de los artificiales compromisos y estructuraciones de un falso y peligroso interamericanismo, de cuño reconocidamente imperialista.

---

(1) *En defensa de la soberanía. El Uruguay y la política internacional del Río de la Plata,* por Eduardo Víctor Haedo.

El libro de Haedo es historia viva, actual y apasionante. Su oratoria moderna, vigorosa, clara y definitiva vibra en la polémica parlamentaria con acentos originales e insólitos de justicia histórica, de pureza política y de firme rebeldía hispánica, desafinando en el coro de voces servilizadas y «metecas» que suele escucharse unísono en los gallineros políticos de nuestras Asambleas.

El libro contiene discursos pronunciados en la Cámara de Senadores durante el período de 1942 a 1946, así como dos discursos pronunciados en su calidad de candidato a senador, antes y después de las elecciones de noviembre de 1946, en que fué elegido de nuevo para representar a su partido en el Senado.

Los discursos pronunciados en la Cámara de Senadores se refieren a los siguientes temas: la defensa de la soberanía del Uruguay, amenazada por los proyectos del Gobierno de ceder a los Estados Unidos bases militares en el territorio nacional; el problema del reconocimiento del Gobierno revolucionario argentino del presidente Farrel, contre el cual se emprendió desde el Uruguay una injusta y peligrosa campaña inspirada por la política «bradenista» de Roosevelt; la declaración de guerra del Uruguay a las Potencias del Eje; la petición de ruptura de relaciones con España, presentada en el Parlamento en agosto de 1945; la propuesta uruguaya de intervención multilateral, sugerida por los Estados Unidos frente al caso argentino en diciembre de 1945, y la exposición de la política del Partido Nacional con motivo de un libelo que, con fines de propaganda, comprometía tendenciosamente al Jefe del partido, doctor Luis Alberto Herrera y al entonces coronel Perón en convivencias políticas falsas y peligrosas.

El fragmento que se incluye en el libro del discurso pronunciado por Haedo el 21 de noviembre de 1946 en la ciudad de Paysandú como candidato a senador, es una breve recapitulación de la política seguida por el partido frente a los eventos internacionales de los últimos años, señalando, ya *a posteriori*, la justificación de sus previsiones, y concretando sus conclusiones.

En síntesis rápida, las conclusiones concretas de esta política son las siguientes: En primer lugar, la situación de lo nacional en lo universal. «La experiencia de la última guerra mundial—dice Haedo—nos enseña una vez más que el destino de nuestros pueblos no puede desarrollarse aisladamente de los grandes problemas universales.»

En segundo lugar, la irrealidad de la decantada unidad continental americana. «Es indispensable resistir a la seducción romántica de creer que América es una unidad, pero alentando el ideal

de que algún día lo sea.» Completa este pensamiento con la idea del hispanoamericanismo, sobre el cual concluye: «La idea del hispanoamericanismo tiene una vivencia, si se quiere de inexperiencias comunes, que crea entre los países brotados del tronco hispánico una similitud que resiste a todo propósito aislacionista.»

Dentro de este concepto hispánico unitario, coloca en su justo valor histórico y político a las uniones regionales: «No obstante, sin mengua de esta unidad esencial y dentro de ella, las afinidades geosociológicas crean vinculaciones regionales, a las que es menester consagrar un lugar primario e impostergable.»

Se pronuncia, finalmente, sobre la necesidad de defender la soberanía de las naciones hispanoamericanas frente a los amagos imperialistas de las grandes naciones: «Es un hecho indudable que la última guerra finalizó con la división del mundo en zonas de influencia que consagran la hegemonía de las grandes potencias con mengua de la soberanía de los países menos poderosos.» «Ante esta realidad debemos ratificar nuestros puntos de vista acerca de la soberanía y el derecho de las naciones, cualesquiera sean su capacidad militar o su potencialidad económica»... «Rechazar en forma absoluta el principio de la intervención, sea cual fuere la forma o pretexto con que se le intente revestir»... «No aceptar el derecho de veto acordado a las Grandes Potencias en un momento excepcional.»

En resumen, el libro de Haedo es parte fundamental de uno de los primeros capítulos del despertar político de Hispanoamérica y de la evolución histórica de nuestros pueblos hacia su completa emancipación de las tutorías extrañas y hacia la realización de su personalidad y de su destino en la Historia.

J. Y. T.

INDUSTRIALIZACION DE IBEROAMERICA

Esta interesante obra sobre el problema de la industrialización de Iberoamérica ha sido escrita en colaboración por veintiocho autores (1), todos ellos conocedores prácticos de los actuales problemas que afectan a estos países. El plan seguido por los autores es la exposición de los problemas industriales agrupados por materias que responden a las principales ramas de la industrialización, tales como la alimenticia, química, minera, petróleo, azúcar, etc.

Los países tratados son todos los de la América Central y del Sur, además de las Antillas.

Aunque, como es natural, cada colaborador trata en su industria correspondiente desde su propio punto de vista y bajo la presión de los principales problemas, que para cada rama son distintos, hay, sin embargo, una cierta unidad derivada de la información predominantemente estadística.

La minuciosidad en la exposición es grande y en algunos momentos llega a ser prolija a fuerza de datos y localizaciones. Lo cual no es un defecto, dadas las pretensiones de la obra y la finalidad y criterio para que ha sido orientada.

A lo largo de la obra pone de manifiesto la íntima conexión entre el desarrollo económico de Iberoamérica y las variaciones de la coyuntura mundial. Así, las economías iberoamericanas se encuentran íntimamente unidas a los dos problemas coyunturales.

Pone de manifiesto que el ansia de industrialización emerge fundamentalmente en las fases de diferencia. Sin embargo, en los momentos actuales se tiende a la industrialización aun en las etapas de auge—como la actual, debida principalmente a las compras de guerra de Estados Unidos—con objeto de encontrarse en condiciones de superar la fase descendente del ciclo.

La industrialización en general se encuentra desarrollada por organismos paraestatales, pero con influencia—en algunas ocasiones

---

(1) *Industrialization of Latin America.*—Edited by Lloid J. Hublett, New Yord: London Megrow Hill book company. Inc - 1936. - The mople prens company, York, P. A. - IX más 508 pg. 4.º - E.

muy marcados—de carácter extranjero, como por ejemplo las Corporaciones Boliviana de Fomento, el Instituto de Fomento Industrial de Colombia, la Junta para el fomento de la producción en Venezuela, etc. También se estudian en la obra los principales problemas económicos que afectan a cada país (págs. 7 a 46) con un colofón de la situación en la época correspondiente a la guerra que procurará la acumulación de dólares en todos los países.

La segunda parte de la obra—en realidad el fundamento de ella (págs. 53 a 485)—está consagrada a los industriales del cemento, la química—de la que se detalla el ser la que avanzó más rápidamente en Iberoamérica en estos últimos años—, comunicaciones, la pesquera—de gran importancia para amplias zonas de población en algunos países por ser un elemento básico y con un avance principalmente en Méjico y Argentina, con un total de 150.000 pescadores para Iberoamérica—, las alimenticas, que, en opinión de su autor, es la que ofrece mayores posibilidades de industrialización, siempre que se sepan explotar racionalmente. Naturalmente, las más importantes son las de la carne, productos lácteos y granos, junto con el notable incremento de la industria vitivinícola que ha adquirido Argentina y la importancia fundamental que para la vida económica de Centroamérica tienen las bananas, en relación con la United Fruit Company, propietaria de la gran flota Blanca.

Tras una breve exposición de las industrias del cuero, pasa a ocuparse de la metalúrgica y de la minera. De la metalurgia se hace observar que su desarrollo se debió principalmente al cierre de los mercados europeos de compra, como consecuencia de la última guerra mundial, lo que repercutió sobre la siderúrgica. Después analiza cada país, exponiendo sus problemas y productos particulares, destacando que tendría una mayor capacidad de producción Iberoamérica si encontrase un mercado que le proporcionase máquinas herramientas. Naturalmente, el mercado de adquisición sufrirá los cambios pertinentes a la terminación de la guerra.

Con respecto a la industria minera, señala la importancia de la colaboración con los EE. UU. y su unidad, estudiándose después cada situación particular y la producción y becalización de cada rama minera por un especialista distinto.

Tras la exposición de la industria del barnizado y pintura pasa a ocuparse de la más importante, la del petróleo, siendo de destacar la importancia de los recursos probados, mayores que los de Rusia, y posiblemente en corto plazo EE. UU. dependerá de la producción Iberoamericana. Proporciona una gran abundancia de datos señalando el mejoramiento social del obrero en Venezuela,

por cuyo incumplimiento fueran expulsadas determinadas Empresas sajonas en determinados países.

De la industria farmacéutica puede anotarse que creció a partir de la guerra considerablemente, llegando, incluso, a exportar. Les facilita las materias primas los EE. UU.

La industria eléctrica puede, en caso de desarrollarse con el transporte, hacer alcanzar su máximo desarrollo económico e industrial a Iberoamérica, pues su potencial es muy grande por su geografía y el alzamiento del centro productor de los núcleos de población. Claro es que se encuentran con grandes dificultades. Donde mejor se desarrolla es en Argentina, pero la mayor potencialidad corresponde a Brasil.

La industria librera se desarrolló a consecuencia de la guerra española. En relación con ella se destaca que, a pesar de la riqueza maderera, una gran parte es demasiado dura para poderse utilizar como materia para fabricación de papel. Por defectos de su organización, tienen que importar de EE. UU., a pesar de su gran capacidad, especialmente por su inasequibilidad.

La marcha de la coyuntura de los pueblos centroamericanos está íntimamente ligada a la de la caña de azúcar. La mayor productora es Cuba, y es de destacar que existe una anarquía determinada por el minifundio. Una aplicación muy importante de la economía azucarera es su aplicación a las destilerías.

La industria textil se caracteriza por su tendencia a la nacionalización, a bastarse por sí misma (a la autarquía) y la importancia que tiene el capital extranjero. Los principales problemas son los de la preparación del obrero y la organización y asociación de la producción.

Dada la relación que tienen las economías iberoamericanas con el comercio exterior no es de extrañar el grado de dependencia en que se encuentran con respecto al transporte. A pesar de su importancia, sólo poseían antes de la guerra 1.200.000 toneladas entre todos los países iberoamericanos, con excepción de Panamá. En el transcurso de la guerra doblaron su tonelaje por las necesidades que se provocaron.

Las comunicaciones interiores pueden aprovecharse en el aspecto fluvial con mayor fruto, y en los ferrocarriles hay que destacar la anarquía de anchos de vías, de la desconexión de los ferrocarriles entre los diferentes países y la futura importancia de los eléctricos. Los aviones, los barcos, el capital y los objetos del transporte aéreo contratados, haciendo destacar el incremento derivado de la guerra.

Termina el libro con un capítulo redactado por Spruille Brade

sobre la industrialización iberoamericana y el comercio extranjero, en el que recalca la tesis mantenida en la conferencia de La Habana posteriormente, manteniendo la necesidad de la desaparición de las barreras aduaneras y estrecha colaboración de los EE. UU. como única forma de aumentar su nivel de vida. Tesis ésta que ha provocado fuertes variaciones en contra en Iberoamérica.

En conjunto, la obra representa una valiosa aportación al conocimiento de la economía industrial americana. Unicamente queremos objetarle la arbitraria sistematización que supone ordenar la exposición de los distintos ramos industriales en un criterio de orden alfabético que proporciona resultados tan airosos como el incluir las industrias de la pintura entre las primeras y las del petróleo. Es de lamentar que se trasluzcan en un libro que debe ser puramente informativo las ideas personales políticas de cada autor.

En cuanto a su presentación, es de notar su ilustración gráfica y el esmero con que ha sido editada.

L. Z.

EL MESIANISMO EN EL MITO, LA REVELACION Y LA POLITICA

El interés de un libro reciente y de autor tan relevante como lo es Guardini (1) se suma, en este caso, al hecho de que sus editores españoles lo ofrezcan como capitular de toda una nueva colección. Su director, Rafael Calvo Serer, uno de los hombres de más madura fisonomía dentro de la nueva generación española, resume en la «Nota preliminar» a esa colección las modalidades del actual momento cultural español, valorando sus etapas pasadas y señalando con clara visión la inmediata.

Es menester insistir en la importancia de esa nota, que tiene mucho de alegato sobrio y preciso. Por otra parte, en una revista

(1) *El Mesianismo en el mito, la revelación y la política*, de ROMANO GUARDINI. Prólogo de Alvaro d'Ors. Nota preliminar de Rafael Calvo Serer. Edit. «Biblioteca del pensamiento actual». Madrid, 1948, 161 págs.

como ésta, nacida al servicio de un diálogo hispanoamericano, constituye un elemental deber de información subrayar lo significativo de ese preámbulo a la nueva Biblioteca. El interlocutor de España, en todo caso, encontrará ahí alguna contestación a la pregunta de cuáles son las rutas mentales por las que transcurre el pensamiento de la generación española actual, e incluso puede hallar rasgos definitorios de ella.

Las razones de Calvo Serer se podrán cifrar—sin ánimo de resumen, que aquí se trocaría en mutilación—en unas cuantas afirmaciones evidentes. Por de pronto, en España hay ya ahora, por necesidad incluso biológica, una nueva generación, que nació al pensamiento y a la vida histórica en el trance de una guerra—esto es, frente a la muerte—que, además, era civil e implicaba la explosión de un viejo pleito; un pleito que venía planteado desde la entraña de los siglos últimos. Así, nadie puede extrañar que la gente forjada en esa guerra haya fortalecido, por lo menos, su fe y su sentido histórico. Aquí está la clave de toda una serie de posturas que hoy se dan en España, provocadas en gran parte por la enseñanza del pasado inmediato, incluída también la varia ejemplaridad de los maestros de diverso signo. Igualmente, de ahí arranca un nuevo planteamiento de nuestra relación con Europa, que implica soluciones nuevas al viejo problema de la decadencia española, y dicta los módulos esenciales de nuevas actitudes respecto a Europa. El retorno a un orden católico, dentro del cual solamente adquieren su pleno sentido y potenciación las modalidades propias del hombre español, no excluye la asunción de cuanto en nuestro próximo pasado hay de valioso en orden a las tareas de la nueva Cristiandad, y desde luego tampoco implica un enquistamiento en lo autóctono, sino más bien una sincera apertura ante el incremento cultural europeo. La propia entidad de esta «Biblioteca del pensamiento actual», en la que alternarán obras de pensadores extranjeros y españoles, es ya una expresión de esa actitud. Y esta es la causa de que sea servido en español un nuevo libro de Guardini.

Digamos, ante de comentarlo, que la copiosa y desigual literatura suscitada sobre el reciente desplome del régimen político alemán habrá de ser enjuiciada en su día, cuando se enfríen suficientemente los perentorios ardores propagandísticos, como un quehacer bastante poco consistente. Desde luego, hay ya mucha leña presurosamente recogida junto al árbol caído, pero falta saber qué luz encendedora de verdadera luz histórica puede salir de ahí. Este breve ensayo de Romano Guardini no aspira, por supuesto, a valorar en toda su compleja amplitud aquel fenómeno, sino que se

limita a reflexionar sobre el difuso halo mesiánico con que aquel movimiento se empeñó en circundar la testa de su jefe.

Partiendo de consideraciones extraídas de la ciencia de las religiones, estudia los mitos como expresión del anhelo de salvación —la necesidad de lo sotérico—inherente al ser humano en su dimensión religiosa. Así se gesta, como plasmación de las vivencias sotéricas, el mito del Salvador, que en los diversos climas culturales se presenta bajo aspectos accidentalmente distintos, pero coincidentes en lo sustancial: Osiris, Apolo, Dionysos, Baldur.

¿Y Cristo? La confrontación del verdadero «Salvador», el histórico, frente a los otros, constituye acaso el capítulo más rico del libro de Guardini, como era lógico esperar del pensador que en «La esencia del Cristianismo» ahondó en la personalidad del Verbo encarnado como núcleo esencial de la religión cristiana. La diversa encarnación mítica de toda la serie de salvadores precristianos viene a ser una añoranza del auténtico, cuya epifanía histórica—y esto es lo importante—debe subsumir toda liberación ulterior, so pena de que los anhelos sotéricos que no discurran por ese cauce auténtico se conviertan en un adviento no sólo condenado a la frustración, sino también a una ilegitimidad peligrosa, por llevar en su seno una energía descarriada. Esto es lo que sucedió con el nacionalsocialismo: el motivo mítico del salvador, al dejar de hallarse superado y consumado por Cristo, vuelve a caer en el paganismo irredento. Hitler vino a ser, así, el usufructuario de una hambre sotérica de signo pagano, que, por hallarse fuera de su lugar histórico y no legitimada por la figura del único Salvador real, se resuelve en apostasía. Incluso—aventura el autor—es verosímil que la muerte del Führer alemán, que «ha dado fin a su vida por Alemania», esté reforzando, ahora y en el futuro, el valor mesiánico que tuvo su persona.

En torno a estas consideraciones discurre el breve ensayo de Guardini. *Eine theologisch-politische Besinnung*, lo subtitula su autor, al editarlo en Zurich en 1946, agregando unas cuantas consideraciones sobre Europa, que, salvo lo que tienen de proyección al terreno histórico de la tesis sustentada por él en «la esencia del Cristianismo», no ofrecen mayor cuantía ideológica, pues ya otros pensadores—Dawson, principalmente—las acuñaron en análisis y reflexiones de mayor tonelaje histórico y político.

Seguramente, por lo demás, no es muy razonable pedirle al autor de un libro que vaya más allá de la frontera temática que él mismo se propuso, pero una reflexión política sobre la Europa actual, como esta de Guardini, suscita en el lector una apetencia de ver

interpretado, de algún modo, ese otro fenómeno, tan actual, de la interferencia de otro mesianismo, el eslávico, en el ambiente europeo. Pedir esto a un pensador tan penetrante como Guardini no parece excesivo. Sin duda, el año 1946, fecha en que se publicó este librito, parecía un momento digno de epitafio, porque en él se asistía a la inhumación de un riesgo que se venía cerniendo sobre Europa; pero lo malo es que hay también sobre ella otros riesgos demasiado maduros. Pensando en esto, uno desearía que el lector de este libro de Guardini no quedase demasiado tranquilo ante el epitafio al dragón decapitado: el ser maligno que ya entonces amenazaba la existencia de Europa es, por desdicha, policéfalo.

Hemos aludido, bien someramente, al contenido de la nota preliminar de la colección y al torso de ideas que componen el estudio de Guardini. En el libro hay, además, un tercer elemento, el prólogo de Alvaro d'Ors—otro ejemplo de pulcritud mental y seriedad científica de la nueva generación—, que sirve para insertar puntos de vista españoles, a manera de glosas, sobre el discurso del pensador germánico. En conjunto, nota, prólogo y libro forman un prieto haz de conceptos sobre temas de primera necesidad en esta hora.

A. A. DE M.

EL MAÑANA ECONOMICO DE ESPAÑA

Con este sugestivo y prometedor título se ha publicado la primera parte, de una obra de tres, que nos ofrece el prestigioso ingeniero industrial, ex director general de Industria, don Antonio Robert (1).

El trabajo se divide en una Introducción y tres partes. En el libro que reseñamos se encuentra la Introducción, que trata de «El problema fundamental de España», y la primera parte, que se titula «Estudio preliminar sobre el mecanismo del progreso material». Quedan para más adelante—esperamos que sea pronto—la segunda parte: «Proceso formativo y estructura actual de la economía es-

(1) ROBERT, Antonio: *El mañana económico de España.*—Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1947.

pañola», y la tercera, que versará sobre «Perspectivas de desenvolvimiento».

Comienza el autor narrando brevemente la historia de este libro, para justificar, quizá, su posición. Es fácil darse cuenta del alto espíritu que preside su vocación por estos temas. Por otra parte, es indudable una formación y preparación maduras, ya que, como él mismo nos indica, sus preocupaciones comenzaron a germinar allá por el año 1933. No obstante, tanto su acción inquieta como su pluma, no han estado dormidas a lo largo de los catorce años que van del 33 al 47, pues nos ha legado obras tales como *Un problema nacional: La industrialización necesaria* y otras del mismo o parecido estilo, que en nada desmerecen de la que ahora comentamos.

Para el señor Robert, son los técnicos los que deben ofrecer la solución del problema económico a quienes tengan en su mano las riendas de la Administración del Estado, puesto que «... es sólo el retraso en incorporar la técnica a los procesos de la producción lo que ha dado lugar a nuestro rezagamiento material».

Como modelo de la economía mundial, nos dice el autor, «... he aprovechado la circunstancia de constituir los Estados Unidos un verdadero microcosmos..., lo que, unido a la gran riqueza estadística norteamericana, me ha permitido, utilizando las obras de diversos autores, así como las publicaciones de los distintos Departamentos de la Administración estadunidense, deducir conclusiones aplicables a otras naciones».

Una vez ya dentro de la primera parte de la obra, comienza el señor Robert definiendo la «Renta nacional» y trata luego de cifrar la de España. Toma los datos de Colin Clark, Vandellós y de Miguel, y los rechaza por deficiencias técnicas. Aplica un procedimiento original suponiendo que entre la renta nacional y el consumo de energía puede establecerse una ecuación del tipo: $Rh = a + bCe$; en donde Rh es la renta por habitante, Ce el consumo de energía por habitante, *a* un parámetro que expresa el valor medio de la renta cuando el consumo de energía es nulo, y *b* un factor que expresa la relación $\frac{\Delta Rh}{\Delta Ce}$ entre los respectivos incrementos de la renta por habitante y del consumo de energía por la misma unidad demográfica.

Aplicando esta fórmula al decenio 1925-34 resulta una renta media por persona activa de 355 U. I. (Unidad monetaria internacional), coincidiendo, aproximadamente, con la evaluación realizada por el Consejo de Economía Nacional con otros métodos.

Trata con pulcritud, más adelante, de «El secreto de la productividad en el trabajo», la «Descripción del mecanismo del progreso material» y la «Morfología de la demanda», todo ello compulsado por «series» y cuadros estadísticos, para ver luego «El modelo teórico de la unidad económica perfecta», con lo que dispone de un patrono modelo, «con ayuda del cual es posible estudiar las características de la evolución pretérita de una economía real y también planear su desarrollo futuro, siempre que se tengan en cuenta los factores modificativos que sobre la misma actúan. Y en primer término el comercio exterior».

Muy interesantes e instructivos son los capítulos siguientes sobre «Estructura productiva y comercio exterior», «El proceso de la capitalización», «Renta y ahorro» y «Modificaciones estructurales internas de los sectores de la producción». Por último, trata el autor «De cómo puede utilizarse el esquema de la evolución económica», que es el capítulo que enlaza con la segunda parte de la obra.

El libro lleva como anexo las conclusiones del informe del Servicio de Estudios Económicos de la Sociedad de las Naciones, publicado en 1945, bajo el título «Industrialización y Comercio Exterior», que, según el autor, le ha sido facilitado vertido al español por el competente economista don José Piera Labra.

Toda la obra va, además, profusamente complementada por tablas y cuadros estadísticos, gráficos descriptivos y comparativos, etcétera, que aclaran en todo momento cualquier duda que pudiera surgir al profano en estas materias.

Como podrán observar nuestros lectores, este libro, a pesar de ser sólo parte de una obra mayor, tiene por sí merecimientos suficientes para ser leída por el estudioso y aun por cualquiera que no tenga más que el deseo de conocer la situación económica de la España actual.

C. F.-A.

Aunque las sugerencias que en el transcurso de la lectura de esta obra (1) se reciben son innumerables, para no hacer la presente nota interminable, no tocaremos más que aquellos puntos a nuestro juicio de un interés más destacado.

La constante del trabajo pudiera decirse que se encuentra en el deseo de superar estrechos «nacionalismos aldeanos», tanto en el aspecto político como en el económico. Esta opinión nuestra se ve ya confirmada en la polémica que entabla con Armando Gonçalves Pereira (2), postura la de este autor, defensor de la personalidad y diferenciación de la nacionalidad portuguesa desde el punto de vista físico como contrapuesta a España—a veces se usa por otros autores la palabra Castilla—, que goza desgraciadamente de gran difusión en el país hermano (3), y que tiene una honda repercusión en el campo de las relaciones económicas hispanoportuguesas, como expone agudamente el autor en diferentes puntos de su trabajo, pues engendra en Portugal una desconfianza injustificada, azuzada, además, por el extranjero. Véase el artículo del núm. 5. 141 de *The Economist*, reproducido en la página 317, nota 2.

Con una documentación y una seriedad dignas de ser imitadas por los tratadistas españoles que se ocupan de estas cuestiones, estudia en el capítulo II las *producciones paralelas* y las *complementarias* de los dos países peninsulares.

Muy interesantes son los datos aportados a los dos productos que exigen una cartelización hispanoportuguesa. Uno es el corcho, cuya utilización como producto importante en un hipotético comercio hispanorruso (4) había pasado inadvertido por el único escritor que se ocupó de las posibilidades de este intercambio (5). El otro

---

(1) José Miguel Ruiz Morales: *La economía del Bloque Hispanoportugués.* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1946. 500 págs. + colofón, con 5 hojas estadísticas, 12 fotos y 6 mapas; 4.º

(2) Pág. 10, nota 1.

(3) Puede verse, por ejemplo, en los siguientes números de la revista *Portugal*, editada por el Secretariado de Información, núm. 92, págs. 8-11; número 94, pág. 5, y núm. 97, pág. 12, 13, 16 y 18.

(4) Pág. 27.

(5) Rafael del Caño: *Posibilidades comerciales entre España y la U. R. S. S.*, en *Revista Nacional de Economía*, año IX, núm. 116-117-118, 1934.

producto es la pesca, siendo lo más notable del análisis que hace (6), la mesura diplomática con que trata el eterno pleito pesquero luso-español, así como los problemas de capitalización y aportación de materias primas necesarias para esta industria—v. gr., estaño—y la cooperación española, y las ventajas de la cartelización, cuyos efectos prácticos estamos percibiendo los españoles actualmente, con el triunfo conseguido por el *Cártel hispanoitaliano del mercurio* en los Estados Unidos (7), siendo de esperar que muy pronto este cártel obtenga el monopolio mundial, con el consiguiente ingreso de divisas. Y no creemos de ningún modo que el ambiente político internacional sea adversario de los monopolios de esta naturaleza; todo lo más, los gobiernos, para impedir un abuso notable de poder por parte de éstos, pueden socializarlos o intervenirlos fortísimamente; pero, a afectos prácticos, la situación se mantendrá inalterable.

El caso de las conservas es, además, particularmente importante para España, pues muchos economistas afirman que éste puede ser nuestro gran producto de exportación, ya en baja el aceite; el vino y las frutas, así como el hierro vizcaíno y las piritas de Huelva.

También es muy interesante (8) la consideración de Lisboa como el gran puerto de España. Sería muy de desear, como el profesor Ruiz Morales indica, la realización de este proyecto, mejorando las comunicaciones entre Madrid y Lisboa, cosa que hasta ahora no ha tenido lugar por absurdos nacionalismos, tanto del lado de uno como de otro país, según se expone en la página 210 de esta obra. Al estudiar en el capítulo VI el contrabando, mal endémico, apunta las ventajas que supondría la desaparición de barreras entre los dos pueblos. Está suficientemente demostrado, tanto por la teoría económica como por la práctica (9), que la supresión de barreras aduaneras es una causa de bienestar, y que su mantenimiento se explica sobre todo por razones políticas. Si España y Portugal son dos pueblos hermanos, que en lo político no pueden, ni deben, tener el menor choque, pues sus destinos son paralelos, no existe ninguna

---

(6) Págs. 34-40, todo el capítulo IV y págs. 354-6.

(7) Véase *El mercurio hispanoitaliano gana una batalla en los EE. UU.*, en *Fomento de la Producción*, año III, noviembre 1947, núm. 47, pág. 14.

(8) Pág. 207.

(9) Véase, por ejemplo, en la obra de Eli F. Heckscher, *La época mercantilista. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la Sociedad Liberal*, trad. de Wenceslao Roces, *Fondo de Cultura Económica*, México, 1943, la correlación entre supresión en la época mercantilista, y, sobre todo, a partir de la Revolución Francesa, de las aduanas, y mejora en las condiciones económicas.

razón para que esta unión no se realice. Con la desaparición de barreras, los beneficios para ambas economías serían pronto visibles, pues al cesar todas las causas de rozamiento podrían ser más completamente utilizados, por ejemplo, los tramos internacionales de los ríos, problema que es ampliamente tratado en este libro (10). Ese temor a la cercanía de España es el que produce «el particular y tenaz empeño en buscar emplazamientos independientes para una generatriz nacional—de industria eléctrica—cien por cien» (11), cosa que los portugueses creen haber encontrado en el río Zêzere, aunque los costes sean más altos que en el Duero.

De gran interés son las sugerencias y datos que da sobre la industrialización portuguesa (12), problema que nos interesa también a los españoles, por tener una circunstancia parecidísima a la lusa. El inconveniente más grande que se opone a ésta, es la existencia de muy pocos recursos ociosos. La creación de estos recursos ociosos—principalmente paro—, sin que se ocasione una baja notable en la producción, para que vayan siendo reabsorbidos por la industria, con objeto de que no se origine una inflación (13), es un importante problema que ha de ser ineludiblemente resuelto.

En fin, puede decirse que esta obra es, además de un completísimo análisis de la cuestión que su título indica, un auténtico tratado de estructura económica de Portugal, y que han de emplear con fruto incluso los estudiosos del país hermano, sobre todo los capítulos II, IV, VII y VIII.

Es enorme la cantidad de obras consultadas, que el autor divide en dos partes: aquellas utilizadas para obtener un dato particular, y que vienen en las notas al pie de cada página, y las que han de conocerse de una manera total o casi total para el estudio de esta cuestión, y que son expuestas en número de cuarenta y seis, en un apéndice especial (14). También son de indudable utilidad el vocabulario (15) y las estadísticas (16). A las causas que el autor menciona en las páginas 449-450 para explicar las disparidades de cifras del comercio hispanoportugués que se encuentran entre la *Estadística del Comercio Exterior de España* y la publicación portuguesa *Comér-*

---

(10) Págs. 251 a 276.
(11) Pág. 256. Véanse también sobre esto las págs. 257 y 258.
(12) Págs. 297-307.
(13) Véase sobre esto el interesantísimo capítulo dedicado a la inflación, por J. PEDERSEN, en su obra *Teoría y política del dinero*, trad. de Arne Koefoed. Aguilar, Madrid, 1946, sobre todo las págs. 220-222.
(14) Págs. 435-440.
(15) Págs. 441-445.
(16) Págs. 449-456 y 5 hojas más.

cio Externo, pueden añadirse las que expone Valentín A. Alvarez en su trabajo *Las balanzas estadísticas de nuestro comercio exterior* (17). Los mapas, fotografías e índices completan adecuadamente el volumen, junto con los documentos (18) que ilustran los diferentes períodos de las relaciones económicas lusoespañolas. Como resumen de la obra se deduce que es imprescindible establecer una estrecha vinculación económica con Portugal, con grandes planes comunes de industrialización, pues creemos, siguiendo a Ortega (19), que «la idea de grandes cosas por hacer engendra la unificación nacional».

JUAN VELARDE FUERTES.

UN LIBRO NORTEAMERICANO SOBRE EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMERICA

Fruto y coronación de la extensa labor investigadora realizada en los últimos decenios en torno a las instituciones que España implantó en tierras de América, son esas exposiciones de conjunto aparecidas en fecha reciente y esta otra que nos ofrece ahora, en presentación material espléndida, el historiador norteamericano Clarence H. Haring (1).

Mucho se ha trabajado desde que Ricardo Levene nos diera, en 1924, su conocida exposición del Derecho indiano, pero todavía es mucho lo que queda por hacer. Una exposición de conjunto realizada sobre la base de la bibliografía existente en la actualidad no puede ser completa; muchos aspectos quedan todavía inexplorados y otros lo han sido con falta de rigor científico. Por eso, Haring ha tenido que limitarse, al igual que otros, a examinar algunos de los aspectos más salientes de las instituciones indianas, y aún en esto, como confiesa honradamente, sin pretender dar una obra definitiva, con preocupación en muchos aspectos de sugerir problemas más que de resolverlos.

El libro tiene su origen en una serie de doce conferencias pronunciadas por su autor en la primavera de 1934 en la Universidad

(17) *Revista de la Economía Política*, vol. 1, febrero 1945, págs. 73 a 94.
(18) Notas canjeadas, protocolos, acuerdos, tratados, actas, etc.
(19) *España invertebrada*.
(1) CLARENCE H. HARING: *The Empire in America*. New York, Oxford University Press, 1947, 388 págs.

de Sevilla. Aquellas conferencias han sido ahora reelaboradas, revestidas del aparato científico imprescindible, y, finalmente, adicionadas con cinco nuevos capítulos que amplían la exposición a otros tantos aspectos de las instituciones indianas.

Como en otros libros semejantes publicados últimamente en América, el criterio inicial para la formación de la obra ha sido el reunir en un solo cuerpo los estudios realizados con anterioridad por su autor sobre aspectos concretos; en el caso de Haring, sus trabajos sobre el comercio y navegación, la Hacienda y el origen del Poder real en las Indias, además de algún trabajo menor publicado en revistas. A estos aspectos Haring añadió, en 1934, la exposición de otros temas fundamentales de la administración indiana: el Consejo de Indias, los Virreinatos, el gobierno provincial y el local, las formas típicas de fiscalización de los funcionarios (residencias y visitas) y los problemas económicosociales en torno a la encomienda. Ahora, en su libro, estudia también lo referente a la Iglesia, la Enseñanza, la Literatura, Bellas Artes, Agricultura e Industria en el Nuevo Mundo. A este conjunto añade un capítulo, que titula «La última fase».

Precisamente, la adición de este último capítulo es muestra de un empeño, no conseguido del todo, por Haring al reelaborar sus conferencias: el de registrar la evolución histórica de las instituciones. Nunca se insistirá bastante en condenar ese error que Haring señala y fustiga en los textos de enseñanza y que ha alcanzado también a la labor de conocidos investigadores. Se ha olvidado de que la exposición de instituciones indianas realizada por determinados autores—v. gr., Solórzano y Fonseca y Urrutia—, o el estado de las mismas que encontramos en la Recopilación de 1680, recoge únicamente la situación en un momento dado del desarrollo de dichas instituciones; un estudio sobre esos materiales será útil para una exposición general, únicamente como base de partida; pero es inadmisible el pretender hacer extensiva esa situación a todo un período de más de tres siglos. Haring ha intentado soslayar el obstáculo, y en la redacción de su libro se advierte una preocupación por establecer la línea histórica de la evolución de los problemas estudiados, o, cuando menos, por intentar señalar en cada uno las diferencias profundas que el cambio de dinastía produce en el espíritu y desarrollo de las instituciones indianas. El primer capítulo, sobre los orígenes del Poder real de las Indias, y el último, sobre la postrer fase de aplicación de ese Poder, tienden a acentuar la perspectiva histórica, pero esta sistemática, más propia de una historia política que de

una historia de las instituciones, ofrece a la crítica serio reparo metodológico.

La obra, sin reunir exactamente los caracteres de un Manual, aspira a recoger, en una exposición armónica y clara, los resultados actuales de la investigación y a dar una valoración del Imperio español en América. Respecto a lo primero, hay, sin duda, una extensa labor de documentación reflejada en la amplia y excelente lista bibliográfica con que se cierra el libro. El autor ha recogido, casi de modo exhaustivo, la ya amplia serie de estudios norteamericanos, utilizando en algún caso (el del estudio de F. A. Kirkpatrick sobre «Regidores and Alcaldes ordinarios» es el más señalado), algún trabajo todavía inédito. Ha sido utilizado también con amplitud—aspecto éste de especial interés para los especialistas españoles—gran parte de los trabajos aparecidos en América durante estos últimos años. Se advierte, sin embargo, en este aspecto bibliográfico una importante laguna, sólo justificable por las circunstancias por las que atravesaba el mundo en la etapa de redacción del libro: me refiero a ese espléndido conjunto de estudios americanistas publicados en España a partir de 1939, que sólo en algún caso concreto—v. gr., el excelente estudio de Guillermo Céspedes del Castillo o alguno de los artículos de la «Revista de Indias»—han sido conocidos y utilizados por Haring. Las conclusiones a que han llegado en sus obras autores como García Gallo, Giménez Fernández, François Chevalier, Pérez Embid y tantos otros han venido a rectificar interpretaciones que alcanzaron la consideración de tradicionales. De todas formas, es de desear que la reciente visita a España del Director de la Sección Hispánica de la Biblioteca del Congreso, con el fin primordial de incorporar a los fondos de aquel importante organismo la reciente producción española y el restablecimiento de las normales comunicaciones con España después de la guerra, haga posible subsanar, en una nueva edición, este importante vacío que señalamos.

Quizá el capítulo más original del libro de Haring sea el segundo, donde, bajo el epígrafe «El Pueblo conquistador», se intenta ofrecer un juicio estimativo de la obra de España en América. En él se recoge la conocida interpretación histórica de carácter economista de Haring (compartida por alguno de sus compatriotas, como Albert Galloway Keller), en la que se intenta aplicar a América los métodos ensayados por Pirenne para la historia medieval europea. La teoría, que tiene por base fundamental la agrupación de los territorios americanos en dos grandes grupos—«colonias agrícolas» y «colonias de explotación»—no deja de ser sugerente, aunque

ofrezca el riesgo de una fácil generalización. En este capítulo, aparte de repetirse expresiones un tanto manidas, como la de la intolerancia y el fanatismo como fruto de la Reconquista, se expresan juicios sobre la labor de España en América, que bien merecen reproducirse por la nada sospechosa fuente de donde proceden.

«Se ha resaltado—escribe Haring—que entre todos los pueblos de la Edad Moderna han sido los españoles del siglo XVI los que mejor demostraron conservar las características de los antiguos romanos. Mostraron en la conquista y colonización de América la misma energía, el mismo valor, las mismas cualidades militares, la misma paciencia frente a las dificultades que distinguieron a los soldados y colonos romanos en tiempos de Escipión el Africano y Julio César. Y, como los romanos, los españoles fueron eminentemente creadores de leyes y fundadores de instituciones. Entre todos los pueblos colonizadores de los tiempos modernos, fueron los españoles los que más se inclinaron a la justicia y a la legalidad. Desenvolvieron rápidamente en el nuevo Imperio un sistema administrativo meticulosamente organizado, como el mundo raramente ha conocido. La famosa Recopilación de leyes de los Reinos de Indias, promulgada en 1680, a pesar de los defectos que hoy se advierten a la luz de una mayor experiencia, queda como uno de los más notables documentos en la moderna legislación colonial».

Haring exalta la acción misional de España, contraponiéndola al escaso interés que advierte en los puritanos ingleses y holandeses por convertir y civilizar al indígena. «En este noble empeño de civilización—escribe—, en todas partes fué el de España el supremo, y de ello son testigos todavía las misiones españolas existentes en todos los lugares de América. La historia de los misioneros españoles y portugueses en América, su personal sacrificio, heroísmo y martirio forman un poema épico, que tiene pocos paralelos en la historia del Cristianismo occidental».

El autor estima que ingleses, españoles y portugueses han sido los mejores colonizadores. En sus colonias del Nuevo Mundo poco hicieron los franceses por desarrollar instituciones de significación. Los holandeses nunca fueron más que comerciantes, a pesar de haber adquirido extensos territorios en las Indias Orientales, lo que, en parte, justifica Haring por haber encontrado allí una numerosísima población de civilización avanzada. «Ingleses, españoles y portugueses vencieron, ocuparon y dirigieron eficazmente grandes y nuevos imperios, y, al fin, dejaron la marca de su raza y de su civilización a un grupo de naciones que cada día desempeñan papeles más importantes en la esfera internacional».

El libro de Haring viene a prestar a la verdad histórica una utilidad evidente. No es posible compartir algunas opiniones que en él se deslizan, por ejemplo, en el nuevo capítulo dedicado a la Iglesia en Indias, problema contemplado con mentalidad tan distinta a la nuestra, y en la que se acude en ocasiones a testimonios tan poco seguros como los de Fernando de los Ríos y Alcalá Zamora. Pero la erudición del autor, el trabajo innegable puesto en la redacción del libro y ese deseo de objetividad tan característico de los historiadores norteamericanos, punto de origen tantas veces para derrocar viejas leyendas, han de servir sin duda a un mejor conocimiento de la espléndida obra de España en América.

ISMAEL SÁNCHEZ BELLA

BREVIARIO DEL «QUIJOTE»

La gran tradición colombiana de clasicismo literario, brote nuevo y pujante en la prosa de Eduardo Caballero Calderón, que acaba de dar a luz en prensas madrileñas su *Breviario del Quijote* (1), engendrado en Colombia. No es difícil prever que este reciente fruto de su Minerva tendrá un destino tan dichoso como los otros que componen su ya florida prole literaria; sólo un escritor que alcanzó una sazón de madurez puede penetrar derechamente en el bosque cervantino y quijotesco con brújula propia y viático abundante, y así, Caballero Calderón ha podido cubrir la larga andadura de trescientas páginas cumplidas, dejando en cada una huellas inconfundiblemente personales.

No es fácil creer que la idea motriz de este libro, cuya publicación ha coincidido con la celebración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, tenga nada que ver con esa especie de compromisos oficiales con la historia que se contraen en los años centenarios. En Eduardo Caballero Calderón hay la suficiente independencia para no incurrir en la dócil aquiescencia del barítono que arrienda su pulmón al titular de una fiesta onomástica, por muy respetable que ésta sea. Por el contrario, su libro tiene el carácter de una libre oblación, nacida de apremiante necesidad interna. En él, el *Quijote* es algo distinto de lo venerablemente paleontológico:

(1) *Breviario del «Quijote»*, de EDUARDO CABALLERO CALDERÓN. Afrodisio Aguado, 1947.

es cosa deglutida, asimilada, vivificante, porque «en tanto un libro no se convierta en una aventura personal o en una clave de nuestras aventuras, es un libro muerto». Hay otro indicio, harto expresivo, de que la génesis del libro no ocurrió a remolque de la efeméride: en el primer capítulo del *Breviario* se discriminan con plena lucidez dos especies de tiempo: el que no trasciende de lo físico —tiempo *cronológico*—y el trascendente o tiempo *histórico*. La primera de esas especies de «tiempo» no podrá menos de ser para el escritor colombiano un motivo deleznable; por eso no oculta su desvío de la cronología. Su obra no es, pues, en ningún sentido, obra de circunstancias. El otro tiempo, el histórico, de más levantada realidad espiritual, campea aquí como la sustancia verdadera que pone alas en la pluma del escritor. A este tiempo, dicho sea de paso, ha preferido Eugenio d'Ors llamarlo «evo» en una glosa reciente dedicada a este *Breviario del Quijote*, en la que recoge con aplauso la distinción del escritor colombiano, haciendo que esa noción del tiempo histórico, al confluir en el «evo» de la angelología, sea traída al molino dorsiano de las «constantes históricas».

A lo largo del *Breviario del Quijote* se desgranan reflexiones de Caballero Calderón sobre los diversos motivos que entretejen el mundo cervantino: así, el paisaje, la aventura, el personalismo y la democracia del hombre español, la mujer, el estilo, lo personal, lo heroico, lo caballeresco y otros tantos que sería ocioso recorrer aquí en su pormenor. Baste decir que todo cuanto brilla en la novela de Cervantes con luz propia es recogido en el espejo del *Breviario* y proyectado a problemas reales y perennes.

Acaso no es insignificante señalar que este nuevo libro sobre el tema quijotesco está escrito en un tono, por así decirlo, que implica modalidades nuevas respecto de ello en el título de «breviario» que le da el autor, usando una bella palabra de sentido figurado con abolengo religioso y fuertemente impregnada de estetismo. Muy lejos, por tanto, de la exaltada *Vida de Don Quijote y Sancho* que sirvió a nuestro Unamuno para galopar sin freno en alas de aquel irracionalismo ibéricamente dionisíaco que tanto le atraía. Lejos, también, de esa asepsia contemplativa con que el Ortega juvenil fué espectador, en las *Meditaciones del Quijote*, del gran tema cervantino, en torno del cual la penetrante mirada de nuestro filósofo giró, como las bíblicas trompetas junto a Jericó, pero sin que los muros del personaje quijotesco acabaran de allanársele. Y más lejos, por supuesto, de la aplastante erudición—en el fondo, de raíz positivista—de los eruditos casticistas, al estilo de Rodríguez Marín, o de los aireados filósofos actuales, como Américo Castro, cuya ta-

rea directiva se polarizó en *El pensamiento de Cervantes*. En este *Breviario del Quijote* el mensaje quijotesco es percibido con una devota disposición de ánimo y está sentido como una especie de evangelio, de modo que los capítulos del autor colombiano constituyen exploraciones que pueden recordar el género de la homilía. Así, las meditaciones del autor fluyen por cauces estéticos, teñidos con frecuencia de color religioso, que dan cabida a transposiciones bíblicas, peculiarmente interpretadas por el literato. Un claro exponente de ese tono es el hecho de que aflore frecuentemente en las páginas del libro la consideración del quijotismo como una «Santidad» de índole laica, ya que el *Quijote* es una especie de Biblia y de Evangelio—esto es, la historia y el espíritu—del hombre español.

Sería atentatorio contra la entidad del *Breviario del Quijote* no insistir en la maestría literaria que le sirve de apoyatura. Hablábamos al principio de estas líneas del clasicismo inherente a las letras colombianas: hay un retorno estilístico en la prosa de Caballero Calderón, una andadura de frases y períodos, tan concertada y sobria que, el seguirla, es como emboscarse en la bonanza de una navegación donde el movimiento place sin marcar, el color luce sin ofuscar y la ruta es un canon tan alejado de la monotonía como de la convulsión expresionista. Prosa ejemplarmente clásica, en fin, ésta de Caballero Calderón, apolínea, si vale este adjetivo, frente al *patkos*, frecuentemente abusivo, que suele verterse en las letras de ambas riberas hispánicas.

El *Breviario del Quijote*, además, significa y es índice de especial comunión entre lo español y lo hispanoamericano; el autor colombiano demuestra y expresa convincentemente la existencia y la persistencia en su América, de motivos cervantinos en el paisaje y en el humanismo.

El *Quijote* es también un libro americano porque en sus páginas está «el aire, el ritmo, la perspectiva sentimental de los caminos, las ventas, los pueblos, los personajes literarios que en nuestra patria tenemos a la vista». Efecto de esos evidentes vasos comunicantes que transfunden lo español a América, y viceversa, es el hecho de que un escritor de tan fina sensibilidad como Caballero Calderón haya podido captar directamente en América, al margen de toda reminiscencia literaria española, palpitaciones del alma cervantina que ahora vemos vestidas limpiamente en este sugerente *Breviario del Quijote*.

A. A. M.

EL CONCEPTO CONTEMPORANEO DE ESPAÑA.

Está otra vez en el ambiente el problema del «concepto de España». Y digo otra vez porque el tema es ya antiguo, tanto que acaso pudieran encontrársele sin dificultad raíces centenarias.

Por lo que hace a sus orígenes próximos, hay que remontarse apenas medio siglo, hasta dar con la llamada generación del noventa y ocho; de entonces acá no ha habido interrupción alguna en esta afanosa búsqueda de la esencia de lo español, antes al contrario, su creciente interés ha dado cada vez mejor orientación para resolver este interrogante o, al menos, para plantearlo en sus términos debidos. Los hombres de la generación del noventa y ocho tuvieron ya plena conciencia del objeto que perseguían. Buscaron *lo español* de una manera apasionada, intensa, profunda, hasta constituir esto en ellos, a veces, una verdadera obsesión. Sin embargo, lo hicieron asistemáticamente, y para encontrar hoy, en cualquiera de ellos, su visión de lo español es necesario ir espigando de entre sus escritos las páginas—nada escasas, por cierto—donde más o menos explícitamente habían vertido sus impresiones sobre cualquiera de los aspectos del tema.

Andando los años, y acaso por influencia de la situación española, esta preocupación fué tomando forma más concreta, y llegó a presentarse como un problema que se plantea con personalidad propia. *España invertebrada,* de José Ortega y Gasset, y *Defensa de la Hispanidad,* de Ramiro de Maeztu, son los dos libros más característicos de este nuevo modo de orientar la cuestión y, a la vez, los más representativos en cuanto son manifestaciones de dos puntos de vista opuestos, en la apreciación del problema: el europeizante y el español. Esta dualidad, contemporánea en la manera de entender a España, fué captada fielmente por un autor portugués que por aquel entonces escribió una obra sobre el tema y cuyo título, muy significativo, la reflejaba: me refiero a *Las dos Españas,* de Fidelino de Figueiredo, que se publicó en 1933.

A partir de este momento, la cuestión se encauza por caminos más objetivos. Todavía las obras de Ortega y Maeztu son ensayos; pero cuando García Morente dió a luz su *Idea de la Hispanidad* (1939) y, sobre todo, *Ideas para una filosofía de la Historia de*

España (1942) buscaba ya el concepto de España una fundamentación objetiva que rebasa ampliamente la visión particular y subjetiva de los ensayos anteriores. Menéndez Pidal, por otro camino —no filosófico, sino histórico—buscó, con más éxito, esta objetividad, lográndolo sobre todo en sus introducciones a «España Romana» y «España Visigoda», de la *Historia de España*, de Espasa Calpe. Y no aludo en el mismo plano a la Introducción general que precede al primer volumen, porque su segunda mitad tiene mucho de ensayo.

Más modestamente hicieron otros su aportación al tema en forma de acarreo de materiales: así, Dolores Franco en la antología que titula *La preocupación por España en su literatura* (1944), y Angel del Río y M . J. Benardete en *El concepto contemporáneo de España* (1).

La antología de Angel del Río y Benardete es una colección de ensayos—o fragmentos de ensayo—limitada en el tiempo por los años 1895 y 1931, de la que han sido excluídos «el estudio puramente erudito o científico, o el ensayo de tipo polémico y de contenido exclusivamente político». Va precedido el libro por una Introducción, debida a los antologistas, acerca de los precedentes de la actitud crítica ante España, de una caracterización o semblanza del clima espiritual y las tendencias—literarias principalmente—que influyeron en los seleccionados y del ambiente en que vivieron y de algunas consideraciones sobre el ensayo como género literario.

Hay, pues, en el libro de Del Río y Benardete dos partes distintas: la Antología y la Introducción, cada una de las cuales tiene sus propias características, que habrá que analizar por separado.

La colección de textos tiene el valor del trabajo realizado por los compiladores y la utilidad de haber reunido en un solo conjunto las páginas de distintos autores que ellos consideran más características en orden al estudio de lo español. Es un mérito que debe ponerse de relieve, porque, indudablemente, la *Antología* viene a prestar un servicio interesante y son grandes las dificultades que tal tarea lleva consigo y que los antologistas han tenido que superar. Frente a estas ventajas, defectos graves. Por ejemplo, las fechas-topes a las que difícilmente se puede encontrar una fundamentación real, como han demostrado Pérez Embid y Guillermo de Torre, este último uno de los que más próximamente han ayuda-

(1) Angel del Río y M. J. Benardete: *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos.* Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.

do a la selección, según él mismo declara y reconocen los antologistas en su prólogo: el mayor o menor acierto—en algunos casos muy específicos, el menor—en la elección de los textos; el criterio de selección, arbitrario incluso dentro del amplio margen de libertad que debe concederse a todo antologista; la bibliografía, notoriamente incompleta y hasta quizá unilateral; la valoración de los autores seleccionados, el mismo apasionamiento—que debe censurarse—en las breves biografías que figuran al frente de los pasajes de cada autor... De todo ello se han ocupado ya otros críticos en revistas españolas y americanas (2) y a ellos debe acudir el lector que quiera llegar a una completa valoración de la antología.

La Introducción merece capítulo aparte. No hay libro, por impersonal que sea, que no refleje de alguna manera la personalidad de quien lo escribe, su propio ambiente o sus propias convicciones. Tampoco éste. De aquí la importancia de la Introducción que Del Río y Benardete hacen preceder a la Antología, por cuanto es una huella—si no ya un testimonio—de su personal concepto de España contemporánea, y con ello del criterio que ha presidido su labor de antologistas.

La Introducción es, fundamentalmente, otro ensayo de una extensión aproximada de veintiséis páginas. El llamarle ensayo está justificado plenamente, cualquiera que sea el contenido que se atribuya a la palabra, que puede variar desde «ciencia, menos la prueba explícita» hasta «modo irresponsable» de exponer lucubraciones sin fundamento. En toda ella no hay una sola cita, una sola prueba, que certifique al lector de que la evolución ideológica de España, desde la segunda mitad del siglo XIX, fué, realmente, como los autores la describen. No basta que, al terminar su exposición, incluyan una larga lista bibliográfica; sobre que es incompleta—pues faltan en ella estudios de sumo interés—, no puede exigirse del lector que lea enteros todos esos libros para cerciorarse de que los antologistas dicen verdad. Podrían haber aumentado la nota bibliográfica hasta el infinito, y el caso sería el mismo. En conjunto, lo que quiere ser un estudio no pasa de ser, científicamente hablando, una opinión más.

---

(2) ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA, en *Revista de Estudios Políticos*, 31-32, Madrid, 1947.

GUILLERMO DE TORRE: *Sumas y restas a una Antología de «Ensayos»*, en *Realidad. Revista de Ideas*, 3, Buenos Aires, 1947.

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Cuadernos de Historia de España*, V, Buenos Aires, 1946.

FLORENTINO PÉREZ EMBID, en *Arbor. Revista General de la Investigación y la Cultura*, 21, Madrid, 1947.

También a la Introducción han de oponérsele otros reparos concretos graves.

A Menéndez y Pelayo—a quien se le hace significativamente el vacío—se le atribuye la identificación de la actitud crítica ante España con la heterodoxia religiosa (pág. 15). Lo que Menéndez y Pelayo afirma realmente es que todos los heterodoxos tuvieron tal actitud, pero no que todos los que la tuvieron fueran heterodoxos; confundir ambas afirmaciones no puede hacerse sin un desconocimiento completo de las más elementales leyes de la lógica. Y, ciertamente, entre los españoles que adoptaron tal actitud ante las realidades españolas de su tiempo hay muchos: Quevedo, Saavedra Fajardo, etc., de una ortodoxia irreprochable de fe y de sentido moral cristiano.

No es más afortunada otra afirmación referente a don Marcelino. Escriben los antologistas que «sólo la mentalidad superior de Menéndez y Pelayo en el campo tradicionalista y la de hombres como Pérez Galdós y Giner de los Ríos en el de los liberales, parecen vislumbrar una posibilidad de transigencia entre las dos corrientes ideológicas» (págs. 17 y 18). El calificativo de tradicionalista tiene en la historia contemporánea española un obligado contenido político, que de ninguna manera es aplicable a Menéndez y Pelayo; pero, aún prescindiendo de eso, ¿dónde basar su supuesto espíritu de transigencia? Léase, por ejemplo, el Epílogo a la *Historia de los Heterodoxos* (tomo VII, ed. V. Suárez) y formará el lector fácilmente su propio criterio sobre tal espíritu transigente. Incluso el propio Guillermo de Torre, tan estrecho colaborador de los antologistas, acababa de estudiar en una ocasión inmediatamente anterior *(Menéndez y Pelayo y las dos Españas,* Buenos Aires, 1943) ese extremo concreto, con resultados bien negativos.

En cuanto a la «mentalidad superior» de Pérez Galdós, no está, ni mucho menos, tan unánimemente reconocida como para que se pueda aludir a ella como cosa probada. No fué, en verdad, Pérez Galdós hombre que se distinguiera por la amplitud y altura de sus miras. Todavía pueden verse en revistas y periódicos de la época fotografías suyas en las que, del brazo de Moret, encabezaba populacheras manifestaciones anticlericales.

Y ¿qué decir de la supuesta debilidad del pensamiento liberal en la primera mitad del XIX, con la que se habrían enfrentado las poderosas personalidades de Balmes y Donoso (pág. 17)? Aunque los antologistas lo crean así, no hay tal debilidad. Desde 1812 hasta 1850 existe en España una poderosa corriente ideológica liberal. Aunque prescindamos de los doceañistas, y aunque esta época no esté aún

exhaustivamente estudiada en ese aspecto, sólo por vía de ejemplo se pueden anotar los nombres de José de Presas, Urquinaona y Francisco Javier de Burgos entre 1823 y 1830; los de Martínez de la Rosa, Donoso Cortés—nótese bien—, Joaquín Francisco Pacheco, Larra, Miraflores y algunos otros—bastaría citar a los que entraron en la polémica sobre el problema sucesorio—, para los años entre 1830 y 1840, y lo mismo en la década 1840-1850.

La influencia de Giner de los Ríos y del krausismo en la generación de 1898 está igualmente desorbitada (págs. 19 y 20). La angustia por el propio yo que caracteriza a alguno de esos hombres tiene un carácter de influencia bien distinta, filosóficamente, del krausismo. En cuanto al castellanismo, el amor a la naturaleza y al paisaje, y la estimación de lo popular, en los que «podía verse la sombra de don Francisco», podrían verse en ellos también tantas otras cosas, que llevaría muy lejos el desmenuzar una afirmación tan vaga y deslizada sobre tan débiles fundamentos.

Escriben también (pág. 19) que todos los hombres del 98 se formaron en el ambiente creado por la Institución Libre de Enseñanza «y adoptaron su lema mayor: el de la europeización». Es cierto. Pero conviene decirlo todo. No se debe silenciar que, precisamente, todos ellos terminaron no siendo europeizantes. Ramiro de Maeztu escribe su *Defensa de la Hispanidad*. «Azorín» —bien representativo—ha escrito la más orgullosa afirmación de los valores de lo español frente a los de la Europa moderna: «no teníamos, en ningún momento, que aprender nada de Europa. Europa éramos nosotros y no los demás pueblos; o, por lo menos, lo éramos tanto nosotros—y lo seguimos siendo—como las demás naciones. Nuestro ideal era tan elevado y legítimo como el ideal de los demás países europeos. Es falso que Descartes sea superior a Santa Teresa y Kant a San Juan de la Cruz». En cuanto a Unamuno, ya en 1905 se expresaba en términos tales que bastan por sí solos para negar toda filiación krausista; léase su *Vida de Don Quijote y Sancho*, especialmente la introducción. Pero véase, sobre todo, la trayectoria de su vida, de la de todos ellos.

Y después de todo lo dicho, quizá el más grave de los defectos que tiene la Introducción de Del Río y Benardete sea la imprecisión, el uso constante de términos equívocos. En cuanto a las palabras, llamar—por ejemplo—*cruzada* intelectual (pág. 32) al espíritu de la literatura crítica que previamente ha sido presentada como inseparable de la heterodoxia religiosa. En cuanto a los conceptos, a las generalizaciones forzadas y deslizadas al hilo de la exposición, baste otro ejemplo (pág. 26); «Hombres como Costa,

Macías Picavea, Sánchez de Toca, Pompeyo Giner, Luis Morote, Altamira y otros muchos son, en rigor, los verdaderos continuadores de la literatura reformadora que desde fines del siglo XVII no se ha interrumpido en la Península...». Ahora bien, esa literatura reformadora no es, ni mucho menos, una *cadena ininterrumpida*. Precisamente su distinto carácter en cada uno de los períodos representativos de la historia de España desde el siglo XVII obliga a no considerarla como una constante histórica. En cada momento la disconformidad tiene una razón y busca un remedio perfectamente distintos; es la reacción natural y más que explicable que en cada época provocan los defectos del gobierno o de la administración. Nunca la serie de manifestaciones *enlazadas* de una disconformidad más profunda y sojuzgada. En el siglo XVII se clamaba contra la mala administración, o la política personal de un privado; los enciclopedistas del XVIII pedían—y lograron—la modificación de la línea política, no de un privado, sino de España; los liberales doceañistas quieren unas reformas de régimen, de la constitución de la Monarquía española; los liberales de fines del XIX —y aquí entran los que citan los antologistas—piden reformas en términos generales, en medio de una desorientación completa acerca de la esencia de lo español, de los males y de los remedios. ¿Cómo—o de quiénes—son, *en rigor*, continuadores?

Las objeciones a la Introducción podrían fácilmente multiplicarse. Bastan—a mi parecer—las señaladas para orientar al lector sobre el crédito que puede dársele.

Esto no obstante el libro es útil, y el trabajo meritorio, aunque es lástima que todos esos defectos esterilicen casi el esfuerzo de quienes, con la mejor intención, pusieron manos a la obra.

FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER

NOTA.—*Por error material apareció sin firma en el número primero de esta Revista la recensión del libro* Idea de la Hispanidad, *de don Manuel García Morente. Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que dicha recensión fué escrita especialmente para* CUADERNOS HISPANOAMERICANOS *por don Carlos Alonso del Real.*